

**S**uena el teléfono. ¡Maldita máquina del demonio! Como si uno no tuviera ya bastante con el terror a la página en blanco, con esa parálisis del escritor sin nada que contar. Porque ése es el asunto: en realidad nada tenemos que contar salvo repeticiones de sombras. Todo este mundo, ya se sabe, no es sino pura sombra repetida. Pero el trasto sigue sonando. Acto reflejo: lo cojo y compruebo en la pantalla quién diablos llama. Número desconocido. Empezamos bien.

—¿Señor Silvestre?— pregunta una voz femenina al otro lado.  
—Sí, soy yo—gruño desconfiado.  
—Verá, soy Mónica Nosecuantos, le llamo para hacerle una encuesta telefónica. ¿Me concederá unos minutos?

No puedo creerlo. Otra puta encuesta. Ahora que sé que se trata de una llamada basura, de un miserable tragadero de minutos, de una burda excusa para que otros ganen dinero, lo más inteligente sería decir que no. O ni siquiera eso. Debería colgar inmediatamente y desconectar el celular. No obstante, mi acendrado sentimiento humanitario me lo impide. La chica sólo está haciendo su trabajo. Ella no tiene la culpa de que haya quien pague por hacer encuestas telefónicas, ni de que yo sufra este desazonador ánimo grafómano, ni de que esta tarde sienta que nada puede haber en este cochino universo que valga la pena ser contado.

Decido, pues, una acción intermedia entre responder preguntas estúpidas y rechazar toda colaboración por mi parte.

—Verá, señorita—replico conciliador—. No tengo ni tiempo ni ganas de responder a sus preguntas. Pero podemos hacer una cosa. Conteste usted lo que le dé la gana al cuestionario y apúnteme como una encuesta realizada. Así saldremos ganando los dos.

—Disculpe, señor Silvestre—deniega amablemente—, pero

EL ESCRITOR MIQUEL SILVESTRE INICIA HOY UNA SERIE DE COLABORACIONES DE CREACIÓN LITERARIA PARA CERRAR ESTE SUPLEMENTO. MIQUEL SILVESTRE (DENIA, 1968), ESTABLECIDO EN GIJÓN POR RAZONES PROFESIONALES, SE PRESENTA ASÍ COMO ESCRITOR EN EL «OASIS» DE SU CIUDAD DE ADOPCIÓN.

## La encuesta



Por Miquel Silvestre

eso ya no puede hacerse. Eran tantos los encuestados que proponían eso mismo que al final los jefes han decidido que se graben todas las encuestas. Ya no se fían. No puedo arriesgarme a que me pillen. Necesito mucho este trabajo. Si no quiere contestar lo entenderé perfectamente.

A pesar de su afabilidad, su voz suena triste y desolada. Tan dyckensiana que incluso conmueve mi ánimo por encima del orgullo herido. Y no era cosa fácil, pues no es ningún plato de gusto para un escritor que le digan que lo que pensó como una brillante sugerencia es mero lugar común entre los demás encuestados. En fin, la originalidad es incompatible con un universo de sombras repetidas. Ya debería saberlo.

—De acuerdo, señorita—concedo generoso—. Contestaré a sus preguntas.

—Gracias, señor Silvestre—replica la voz repentinamente alborozada, incluso coqueta—. Se trata de un sencillo cuestionario de carácter cultural para una empresa de entretenimiento. Usted sólo tiene que contestar sí o no.

—Ah, no—rechazo vivamente—. Las conversaciones monosilábicas las reservo para cuando hablo con máquinas y cintas pregrabadas. Si usted quiere, yo respondo, pero necesito explicarme.

La chica duda unos instantes. Ahí sí le he roto los moldes previos.

—De acuerdo—asiente—. Pero yo sólo puedo apuntar afirmaciones o negaciones.

—Usted apunte lo que quiera, pero me ha dicho que la conversación está siendo grabada, ¿no?, pues si esto puede escucharlo alguien más he de dar mis razones, yo no puedo conformarme con un no o un sí. ¿Entiende?

—Entiendo—reconoce la telefonista—. Ahora dígame, ¿le gusta el cine?

—No, claro que no—respondo tajante—. el cine es estúpido. Está lleno de clichés. ¿Se ha fijado cómo en todas las películas bélicas repiten las mismas sandeces?

—¿Sandeces?—pregunta ella, saltándose a todas luces su propio guión.

—Sí, claro. Fíjese que en todas hay una escena en la que varios personajes se dicen: sincronizemos los relojes. ¿No se ha dado cuenta?

—Sí—reconoce ella dubitativa—, pero...

—¿Cómo pero?—exclamo yo casi irritado—. ¿Qué relojes van a sincronizar si nunca se dicen qué hora es? Es una chorrada. Y no es la única. Por ejemplo, me saca de quicio que en plena batalla todos lleven el casco sin abrochar. Eso jamás ocurriría en la realidad. ¿Y qué me dice de los obuses? Se ven las explosiones, pero no se oye el silbido penetrante de los proyectiles al caer.

—Pero el cine no es realidad—objeta la chica del teléfono.

—Oiga—digo yo—, ¿replicar las respuestas del encuestado forma parte de su trabajo?

—No, no—niega ella un poco confundida—, pero...

—Pues entonces a callar—ordeno—. Venga, la siguiente pregunta.

Tras unos instantes de muda confusión, la chica vuelve a su suave interrogatorio.

—Dígame, señor Silvestre, ¿le gustan los conciertos?

—Hummm—murmuro mientras pienso la respuesta—. Los conciertos tal vez sí—digo por fin—, pero no los músicos. Los aborrezco. Ya lo dijo el fotógrafo Robert Franck cuando siguió a los «Rolling» en su gira Cocksucker Blues: una estrella del rock no puede asumir dosis demasiado elevadas de realidad. Tal vez de otras cosas sí, pero no de realidad.

—Ya veo—dice la chica con un tono menos amable, menos triste, menos desolado—¿Y el teatro?, ¿le gusta?

—Pues no, tampoco—niego categóricamente—. El clásico ya no tiene sentido, el moderno no lo ha tenido nunca. ¿Qué hay hoy de trágico en Edipo? Nada. Actualmente el parricidio y el incesto no son tragedias, sino asuntos menores. Edipo, según nuestros cánones, sería inocente porque desconocía que fornicaba con Yocasta, su madre. Para nosotros es sólo una víctima más. El Edipo antiguo, sin embargo, no podía soportar el peso de la tragedia y se suicidó. Hoy Edipo hubiera reclamado comprensión e incluso un subsidio para cohabitar con su vieja en una vivienda de protección oficial.

—Entiendo—silabea la chica con notoria hostilidad.

Resulta evidente que ya no le caigo bien. No obstante, aún le quedan un par de preguntas que hacerme.

—¿Le gusta leer?

—Pues no, la verdad es que no. Antes sí—admito con cierto desencanto en la voz—, pero como resulta que hoy en plena ola de multiculturalidad nos dicen que nuestra cultura occidental no es la Cultura, sino una cultura más, que Miguel Ángel Buonarroti no es la cima de nada, sino un artesano más, perfectamente equiparable a otro artesano zulú, por ejemplo, pues entonces no como yo ningún sacrilegio si desprecio todo hecho cultural, literatura incluida.

Estoy seguro de que la chica ha resoplado al otro extremo de la línea en una manifestación de hastío. Estoy convencido de que ya me considera un tipo insoportable. No es algo que me sorprenda, ya estoy acostumbrado.

—La última pregunta, señor Silvestre, ¿y las filosofías orientales? ¿Le gustan?

—Claro que no—contesto casi escandalizado—. ¿Sabe usted por qué ese rollo zen tiene tanto éxito entre los snobs? Porque la rara sabiduría que desprende consiste sólo en que desarrollan siempre lo contrario de lo que nos dicta el sentido común.

—Muchas gracias, señor Silvestre—dice ella—. La encuesta ha terminado.

—Me alegro mucho. Tengo que seguir trabajando—suelto con alivio.

—Ha sido usted muy amable.

—Lo sé, lo sé—reconozco.

Cuelgo. La tarde se ha fugado por los albañales de la noche, fuera la oscuridad lame los cristales y alguna luz titila nerviosa en los recodos lejanos de la ciudad. Este mundo se repite una y otra vez. El vacío paraliza al escritor. Quizá todo sea falso. Pero al menos yo hoy ya tengo casi tres páginas llenas de sombras.

## Conoce Gijón

### La pequeña ensenada del muelle viejo

A los pies del Cerro se extiende la pequeña ensenada del muelle viejo. La primera estructura, construida con bloques de piedra, se remonta al siglo XVI. Los añadidos posteriores van marcando los tiempos de la ciudad: el muelle y edificio de la aduana, el muelle de Lecquerica, el de Fomento y el Fomentín, el «muro de San Pedro» con sus vías ya tapadas para el carbón. Nuestra época se distingue por la recuperación urbana del espacio marítimo, con la nueva playa de Poniente, el paseo hasta la playa de El Arbeyal y la instalación de equipamientos como el acuario o el edificio de talasoterapia. J. A. Samaniego.

